

*Silverio de Ochoa*

# El pobre Nicó

NOVELA

CON «CUATRO PALABRAS» DE  
JOSÉ RODAO



SEGOVIA  
Imprenta del DIARIO DE AVISOS  
1901

G-F 16204

1

1841

1841

1841

1841

DGCL  
A

**EL POBRE NICO**

+175702  
C.



*Silverio de Ochoa*

---

# El pobre Nicó

NOVELA

CON «CUATRO PALABRAS» DE

JOSÉ RODA O



SEGOVIA:  
Imprenta del DIARIO DE AVISOS.  
1901



*A la ilustre Sociedad Econó-  
mica Segoviana de Amigos del  
País, en testimonio de consideración  
El Autor,*

*Segovia y Marzo de 1901.*





## CUATRO PALABRAS

---

**A**l espirar la tarde, una de aquellas tardes tristonas y frías, tan frecuentes durante el pasado Febrero; terminada en la redacción nuestra diaria tarea, salimos Silverio de Ochoa y yo á la calle, con el propósito de que el aire libre refrescase nuestras cabezas caldeadas, más que por lo fatigoso del trabajo, por lo enrarecido de la atmósfera que se respiraba junto á la enrojecida estufa, inmediata á la que llamamos mesa de batalla.

Una llovizna empalagosa, con honores de nieve comenzó á azotar nuestras mejillas, medio ocultas con los embozos de las capas y, de vez en cuando,

quedaban por completo al descubierto nuestros rostros, á impulsos de la ventisca que los maltrataba brutalmente.

Era, en fin, una de esas tardes que han conquistado para Segovia el triste privilegio de figurar siempre á la cabeza de las poblaciones donde la temperatura llega á lo verdaderamente pasmoso.

¡Y pocas veces estará tan justificado el empleo del calificativo!

—No nos queda, amigo Pepe, otro refugio que el hermoso y bienhechor refugio de la lectura—dijo Silverio, con esa gravedad suya, nada fingida, que le acredita de hombre formalote y que hasta llegaría á darle aspecto de orgulloso, si no pudiéramos, cuantos le tratamos, testimoniar de su modestia y de su sencillez encantadoras.

—Pues... ¡á leer tocan!—exclamé medio cantando, como si comenzara á entonar un himno guerrero, y á los pocos minutos entrábamos los dos en el cuarto de trabajo de Ochoa, dispuestos á encontrar, entre su pequeña y bien elegida biblioteca, alguno de nuestros autores favoritos, que nos endulzara aquellas horas de amargo aburrimiento, tan frecuentes en poblaciones como Segovia, para los que consideraríamos como un castigo tremendo y cruel que se nos obligara á permanecer

dos horas seguidas, oyendo en el café el machaqueo insoportable de las fichas del dominó, ó el envido y quiero de los que entretienen sus ocios en el casino.

—Aquí—dijo Silvio, que así le llamamos los compañeros, desde que hizo simpático ese pseudónimo, al esgrimir sus primeras armas literarias—encontraremos los predilectos...

Y, acompañando la acción á la palabra, abrió el cajón de su mesa de despacho en el que, cuidadosamente atadas con balduque, había un montoncito de cuartillas que, aunque pretendió con disimulo ocultar á mi vista, no pudo conseguirlo.

La candorosa y tímida doncella, á la que la madre sorprende leyendo la primera carta de amor, no siente el rubor y la contrariedad que se reflejaron en el rostro de Silvio, al notar que yo había advertido la existencia de aquellas cuartillas, seguramente allí depositadas con tanto cariño como desconfianza de que un día pudieran ser lanzadas á los vientos de la publicidad.

—Hay que leer eso—dije casi imperativamente, y, parapetándome en la confianza fraternal que engendró nuestro frecuente trato y nuestra identidad de aficiones y de tareas oficinescas y lite-

*varias, eché mano al legajito de cuartillas, incurriendo en la indignación de mi amigo.*

*—Lo leeremos—exclamó Ochoa—puesto que no me queda otro remedio; pero te advierto que esas cuartillas, escritas al correr de la pluma, sin retoque alguno y, como suele decirse, á ratos perdidos, están destinadas á dormir en ese rinconcito el sueño eterno. Se trata de una novelita ligera y candorosa; mejor, de un conato de novela, desarrollada con más entusiasmo que fortuna, que he escrito sin ulteriores propósitos y sólo por dar rienda suelta á estas aficiones pecaminosas...*

*Y como, aun dándome por convencido, apremiase á Silvio para que no retrasara la lectura de las cuartillas, ruboroso y casi trémulo, como mozalbetc á quien se obliga á recitar la última lección aprendida, ante desconocido auditorio, leyó mi querido compañero la novelita que habrá de quitar á ustedes el mal sabor de estas líneas.*

*No he de consignar la impresión que la lectura me produjo, porque algún mal pensado podrá sospechar que yo trataba de escribir un prólogo con cierto disimulo, que disculpara un atrevimiento, del que Dios me libre. Pero lo que no he de callarme es que á mi tenaz insistencia cerca de Silverio, se debe la publicación de EL POBRE NICO-*

*Y conste, para justificar mi tesón en la campaña, que aunque Silvio es uno de los gallegos más entusiastas de su tierra, cuando se propone ser terco dá quince y raya al baturro más empedernido.*

*Soy, pues, el único acreedor al castigo que, ante los severos santones de la crítica, pueda merecer, si alguno merece, esta hazaña y ¡ojalá me pertenecieran con igual justicia los aplausos que han de tributarse al autor de EL POBRE NICO!*

*No soy, y lo lamento, el padre de la criatura; pero no renuncio á los elogios que como buen comadrón me correspondan.*

*¡Porque, cuidado que he tenido que emplear el fórceps de mi insistencia, para que Silvio se decida á dar alas y vida á EL POBRE NICO!*

JOSÉ RODAO.

Marzo, 1901.



# El pobre Nico

## I

Acababa de anochecer.

En el obrador de sastrería fué encendido el veterano quinqué, pendiente del techo, y de allí á poco rato daba comienzo la velada, no más sentarse en sus puestos las dos oficialas que según antigua costumbre, salieran á dar una vuelta, al toque de oración, por las calles de la ciudad.

Había mucha tarea en el obrador. El maestro, ó sea el señor Urbano Laseras, su hijo Mile ó Emilio, más conocido por aquella abreviatura de su nombre; el viejo y siempre malhumorado

Crispulo, que era como una institución en la casa donde llevaba trabajando más de veinte años; las oficialas Andrea y Juana, hermanas las dos, morenas, vivaces, jóvenes, no feas y siempre tentadas de risa que brotaba de sus labios con el más fútil pretesto; y, por último, Nico ó Nicomedes, un pobre mozo de muy corta estatura, regordete, cariancho, que soportaba con admirable resignación descomunal joroba, continuo blanco de burlas, las cuales sufría riendo filosóficamente; he aquí cuantos en el obrador á que se alude dieron comienzo á su trabajo en una cierta noche de invierno, del riguroso invierno de Puentealta, la castellana ciudad que vive hoy entre soberbias ruinas de su pasado, espiritual vida de gloriosos recuerdos.

El señor Urbano debía de tener en lo más oculto de su cuerpo algún curioso mecanismo con sinnúmero de ruedecillas, muelles, palancas y cremalleras, en vez de corazón y nervios sensitivos y motores, pues sólo así fuera posible explicar sus movimientos automáticos, sujetos todos, sin excepción, á riguroso compás, pero un compás lento, hasta cierto punto magestuoso. Salían las palabras de su boca con igual



y reposada entonación; si andaba, sus pasos no se diferenciaban ni un centímetro los unos de los otros; alargaba ó encogía los brazos y las manos, movía en distintas direcciones la cabeza, doblaba y enderezaba el cuerpo y sus extremidades inferiores, cual si tales partes del ser en que estaba domiciliada el alma del señor Urbano Laseras, no fueran de carne y hueso, sino propias de un maniquí, obra acabada de genial artífice.

Había que ver al señor Urbano cuando de pié y detrás de su mesa de cortar se entregaba de lleno á los preliminares de esta tarea de su oficio, germen ó sustancia del mismo, quinta esencia del arte indumentario, matriz de la cual brota la inspiración para guiar el jaboncillo de sastre que febrilmente va trazando las piezas de una levita ó un pantalón, el aristocrático frac ó la democrática chaqueta; había que ver al hombre dibujando sobre el paño extendido en su mesa de cortar, concienzudos planos de donde salían las partes componentes de un traje de varón, según los últimos figurines. Mile se volvía todo ojos, al parecer; Crispulo dirigía al soslayo alguna mirada á la obra de su maes-

tro; las muchachas se ponían serias, clavando sus agujas en lo que traían entre manos con cierta solemnidad, y Nico, dejando su labor, entreabría la boca que casi le llegaba de oreja á oreja, enderezando su desgoznado busto cuanto podía para no perder ninguno de los trazos del dibujo.

De vez en cuando el señor Urbano, con su voz acompasada que parecía salida de un tubo de órgano, interrogaba á su hijo:

—¿Ves hombre?

Mile contestaba afirmativamente y parecía embeber más sus ojos en la tarea de su padre, hasta que acabada esta, el señor Urbano se apartaba de la mesa, sentábase en una silla á él destinada, liaba un cigarro y hacía una seña á su hijo, el cual, cogiéndola al vuelo, metía el filo de la tijera por las líneas del dibujo paternal. Entonces las muchachas volvían á sonreír mirando á Nico, quien abatiendo el busto, la emprendía de nuevo con su labor; y en tanto Crispulo carraspeaba y tosía adrede, entregándose ardorosamente á la suya.

Dábanle á Mile cuando al corte de prendas de vestir se dedicaba, frecuentes calofríos, aun-

que en el aire reinase bochornosa temperatura, y es que el muchacho, ya tallado, pues frisaba en los veinticuatro, al hacer aquella operación, era cosa sabida; empezaba á decirse mentalmente, influido, sin duda, por algún genio malféfico: «Que me equivoco, que me equivoco...» y aunque él realizase esfuerzos inauditos para no perder la serenidad, vencía casi siempre, por no decir siempre, aquel diablejo que le soplabá al oído, y Mile se equivocaba, ó lo que es lo mismo, ras... cortaba la tijera por donde no debía y él quedábase como quien ve visiones.

Las muchachas, siempre atentas á lo que á su alrededor acontecía, se esforzaban por contener la risa; Crispulo tosía más fuerte; Nico impasible, como si tal cosa, y el maestro ¡ah, el maestro! El maestro, sin que se le notase el menor cambio en el rostro, enderezábase con mucha parsimonia, daba un paso, luego otro y otros dos más reposadamente, llegaba junto á la mesa, clavaba sus dos ojos grises en Mile, movía un poco la cabeza hacia un lado, y el mozo, recobrándose como por ensalmo, salía del obrador con extraordinaria ligereza, pues si así no lo hiciera, iba la vara de medir á cho-

car bruscamente en su cuerpo sin reparo á sus veinticuatro abriles.

No había fuerzas humanas capaces de inculcar á Mile, con toda extensión, el oficio de su padre; sin querer, la aguja y el dedal se le escapaban de los dedos; el jaboncillo y la plancha le causaban náuseas; detestaba las tijeras y demás adminículos de la sastrería, no pudiendo convencerle de su bondad y utilidad los consejos del autor de sus días, quien no desperdiciaba ocasión de sermonearle en tal sentido, pero Mile, aunque apreciaba iban encaminadas á su futuro bienestar las paternales filípicas, y aunque se propusiera cien veces tomar cariño al oficio, el propósito nunca llegaba á resolverse en pruebas fehacientes, porque es el caso que cuando en el obrador se entregaba Mile á la tarea, de pronto, acudía á su mente un lindo compás de vals ó de mazurca, el cual sonaba en sus oídos como escapado de arpa eólica ó discreto laud. Procuraba librarse del encanto que le producía la improvisación, pero á aquél compás seguía otro y otro venía luego arrebatador, hasta que el encanto, se revelaba: primero, en ligeros vaivenes de cabeza, luego, acentuándose estos,

en un siseo debil al principio, que adquiriendo cuerpo, convertíase en un silbar medrosico; y más adelante, en tarareo bullicioso, coincidiendo invariablemente tal grado de entusiasmo filarmónico, con el abandono de la costura que Mile tenía entre manos, todo lo cual paralizaba el trabajo en el obrador, poniendo á Andrea y Juana casi á punto de estallar de risa.

En la noche cruda del invierno puentealtense de que antes se habló, cuando el señor Urbano, Mile, Crispulo, Nico y las risueñas oficiales, daban comienzo á la velada, esperábales árdua labor, cual era rematar unas vestiduras sacerdotales, con su complemento de bonetes y solidos, que á todo hacía el acreditado taller del maestro Laseras.

Aquella noche se prolongó la velada más de lo acostumbrado; desfilaron las horas, y aun no acabaran de sonar las nueve en la torre de la cercana catedral, cuando por el hueco de la puerta que al obrador daba acceso, entróse con gran bullicio una lindísima joven, como de veinte primaveras, muy blanca de rostro, los ojos negros y habladores, algo baja de estatura y talle primoroso.

—Vamos, padre, Mile, á cenar— exclamó, retozándole la alegría en el semblante, que era un prodigio de animación.

Y dió á Crispulo un papirotazo en la gorra y pellizcos á las oficialas y á Mile; le encasquetó á Nico un bonete, púsose ella otro con gracia picaresca, y delante de su padre que estaba sentado en un sillón de cuero tras de la mesa de cortar, inició un bailoteo atolondrado, palmo-teando regocijada é imitando con su boca hechicera el plañido de la dulzaina.

El señor Urbano, sin levantar la vista de un cuello de capa talar en que respunteaba, dijo con su voz calmosa:

—Fuencisla, ten juicio; ahora vamos.

Crispulo levantó la cabeza, y colocándose bien la gorra que el papirotazo inclinara sobre una de sus grandes é hirsutas orejas:

—Vaya un respeto que tienes á tu padre— murmuró con avinagrado gesto, qué la linda muchacha acogió: primero, riendo á todo reir, y luego, poniéndose frente á él como en actitud de gatita encoraginada, dejando escapar de su boca, ahuecándola, sonidos guturales, mezclándolos con algunas palabras burlonas.

---

—U..... u..... u, Crispulón, Crispulín, Crispulooon—decía la chica con tanta gracia, que todos los que en el obrador trabajaban, rieron de la mejor gana, incluso el maestro, cosa extraña en él, y hasta el mismo burlado, pero este con risa de conejo.





## II

Aun no se apaciguara el contento, cuando Crispulo, sin apartar los ojos de la labor, cose que cose muy de prisa, dijo con cierto tonillo maligno:

—Oye Fuencis, ya sé por qué estás tan alegre.

—¿Pero me has visto alguna vez triste, don vinagre?—respondió la muchacha.

—Es que hoy te sale la alegría por todo el cuerpo; te ríes como ríen las que se van á casar.

Al decir esto Crispulo, alzó los ojos de la costura y los fijó indagadores en el gracioso rostro de Fuencisla, quien se puso seria, volviendo la espalda á la lámpara para disimular el rubor que coloreó sus mejillas.

—Mucho sabes Crispulo—dijo con acento que intentó hacer indiferente, pero le temblaba la voz.

Las oficialas se miraron guiñando los ojos, tentadas de otro acceso de risa que se esforzaban por contener; Mile tosió con cierto desabrimiento, interrumpiendo el silbido tenue con que improvisaba una habanera, la cual le iba entusiasmando; el maestro continuó imperturbable, afanándose en su tarea, y Nico concentró el alma en los oídos.

¿Qué si sé?—respondió el oficial—Más de lo que tú supones..... El mozo es hasta allí, guapo, rico, un marqués.

—¿De veras?—repuso la joven cada vez más turbada.

Compadecido Crispulo de la mirada suplicante que le dirigió Fuencisla, quiso tranquilizarla, diciéndola en tono confidencial: «No te importe, boba.»

Luego prosiguió:

—Vaya y lo que son las cosas; hoy, por suerte, he sabido que te casas Fuencis; he sabido que te casas con Santiago Nolasco.

El indiscreto hablador, dejó en el suelo la

costura que tenía sobre sus rodillas, animósele el rostro macilento y ágrío de continuo, brillaron sus ojos como nunca malignos, y entre la admiración de cuantos le escuchaban, siguió hablando:

—¿No sabe usted, maestro que Fuencis, hace algún tiempo, habla por las noches con su novio, mientras usted duerme y en tanto Mile está de guitarreo en casa de Blasillo, el hijo del señor Blas el zapatero?

El señor Urbano se levantó rápido de su asiento y dijo colérico: «Mira lo que dices, Crispulo.»

—Sé lo que digo, maestro. Iba á hablar á usted de esto cuando acabara la velada, pero ya que vinieron rodando así las cosas, sepa usted es muy cierto que Fuencisla, si ella quiere, se casará muy pronto con el hijo de la viuda de Nolasco.

Las oficialas, Mile, Nico, todos abandonaron por completo la tarea y escucharon afanosos; Nico reprimiendo la emoción que le acortaba el aliento.

—El ama de llaves de esa señora y cuñada de mi mujer—continuó el oficial, en voz queda,

poniéndose también de pié, entre risueño y grave—fué al mediodía á casa y me dijo: «¡Crispulo, quien lo creyera!—Tú dirás—la respondí! según estaba comiendo.—Pues hijo, que mi señorito se casa con la Fuencisla, la chica de tu maestro—Tú no estás buena—la dije yo—ó tienes gana de broma—Sí, no está mala broma;—contestó ella—son veras y muy veras, y no es decir sienta yo que lo sean.....

Fuencisla aturdida, sofocada, exclamó en un arranque de enfado pueril: «Mentiroso, trapalón, sepultura. No me han dicho nada de lo que dices.....

—Pues te lo dirán esta noche, boba—repuso Crispulo, como indignado de que se pusiera en duda su relato.

El señor Urbano, entonces, en tan grave ocasión, fué á donde permanecía su hija, y agarrándola por un brazo, dando á su voz el tono más hueco y solemne, aunque sin perder la calma en él habitual:

—Oye Fuencis—clamó—¿Sabes algo de eso? Di la verdad.....

La joven, por una transición característica de su modo de ser, rompió en alegre y sonora

carcajada, y desprendiéndose con movimiento de pájaro de la mano de su padre, brincó por entre las oficialas; dos ó tres bonetes medio armados rodaron por el suelo, más un cesto con botones y corchetes y una tabla para planchar, y Fuencisla desapareció tras la puerta del obrador, la que cerró con estrépito, pero entreabriéndola casi al momento, asomando su rostro bello y picaresco, cariñosa y burlona:

—Uuu..... sepultura, trápala, don vinagre—dijo á Crispulo, simulando un enfado que estaba muy lejos de sentir—Por estas cruces (se besaba los dedos pulgares) que me las pagarás, mosca, titère.....!

Luego, abriendo algo más la puerta, con acento conmovido, vergonzosa, quebrando las palabras en sus labios, poco obedientes á soltar la dicha que á ellos fluía, suspiró, más que habló Fuencisla:

—Padre, es verdad; creo no tardarán en venir á pedirme para Santiago Nolasco, y..... si usted quiere, nos casaremos.

Dicho esto cayó en brazos del señor Urbano, quien estrechándola con la cara en alto, revolviendo los ojos y tragando saliva, quería hablar

sin poderlo conseguir, hasta que Mile, adivinando el pensamiento de su padre, le dijo con tristeza, luego de besar á su hermana que era única: «Se acuerda usted de madre ¿verdad?»

—¡Pobre madre!—murmuró Fuencisla llorando—No verá mi boda, pero sí; si la verá..., desde la gloria.

Y luego volvió á reir, sintiéndose feliz.

### III

¡Qué bien se estaba allí entre aquellos pinos tan verdes y chiquituelos, que se encaramaban por el monte como descando llegar á lo alto para ver cuanto pasaba en las tierras del otro lado.

Chasco se iban á llevar si creían que más allá del monte, se erguía una ciudad tan aseñorada cual aquella de Puentealta con su gran catedral amarilla, que dejaban atrás sobre otro cerro de peña viva, pasados el arroyo y las amenas huertas que separaban las dos vertientes.

Cavilando así el bueno de Nico se acomodó en un altibajo del terreno alfombrado de hier-

ba, á la sombra de un pino, pues hacía sol, un sol de últimos de Abril, que picaba más de la cuenta, anunciando los próximos ardores del verano.

Nico escondió el rostro entre sus brazos cruzados, según estaba boca abajo, y se abismó dolorido en la negrura de sus pensamientos, los cuales antojáronsele cuervos que le aturdían la memoria con sus graznidos.

Uno decía:

—Nico ¿quiénes fueron tus padres?

—Expósito—chillaba otro—te recogieron en el torno de la inclusa.

—Es verdad—respondió Nico—soy inclusero

Y los cuervos seguían graznando implacables:

—Nico, repara en tu joroba; de ella sale tu cabeza como la de un galápagos por debajo de su concha.

—Inclusero y jorobado ¿pretenderás que te quiera ninguna mujer? Inclusero y jorobado ¿te atreviste á poner los ojos en Fuencislilla?

Nico chepa, trepa, trepa,

Ya caiste para atrás.

Con la chepa morirás.

Así te cantan los chicos de Puentealta. Un



día, poco después de sacarte tu maestro del hospicio, fuiste á nidos y quisiste coger uno que estaba en lo alto de un sáuce; descabas sobrepujar á otros chicos, los cuales no se atrevían á subir hasta donde se hallaba el nido, y cuando llegaste á las primeras ramas del árbol, caíste y te abriste la cabeza. Desde entonces empezaron á cantarte: «Nico chepa, trepa, trepa.....

—El novio de la hija de tu maestro es un arrogante mozo y tiene dinero hasta dejarlo de sobra. Él se enamoró de ella y ella se enamoró de él. Tu creíste al principio, cuando llegaste á saber sus amores, que eran un juego para Fuencislilla y un capricho para Santiago Nolasco; aun así pasabas las de Caín, pobre Nico, sabiendo que la hija de tu maestro nunca había de quererte... ¡Hospiciano, jorobado y pobre como las ratas! Nico chepa, trepa, trepa.....

—Cuando supiste aquella noche en el obrador que la iban á pedir en matrimonio, te quedaste como bobo. Echaste á andar después que acabó la velada, sin darte cuenta de por donde ibas, hasta que ya pasadas las doce, te volviste á encontrar frente á la casa de tu maestro. Fuencis, sin miedo al frío, estaba en el balcón,

y Santiago Nolasco, embozado en su capa, hablaba con ella desde la acera.

—Se te revolvió la sangre en el cuerpo. Tuviste deseos de matar, echaste mano á la navaja, y de repente, Fuencis empezó á reir, á reir como loca, diciendo después, entre burlona y lastimera: «Pero Nico, ¿eres tú el que está ahí? ¡Vaya hombre....! ¿Qué haces por la calle á estas horas? Anda á acostarte, simple.

—No acertaste á contestar nada acorde y Santiago Nolasco te dijo con desprecio: «Sí, hombre, vete á casa, que se te va á constipar la joroba.» Y tú volviste á andar, despacio, muy despacio, arrebuñado en la capa, con la navaja abierta en la mano, y volviste á pararte oyendo á Fuencislilla decirle á su novio: «Santiago no te burles del pobre Nico; buena desgracia tiene. A los diez años vino á mi casa desde el hospicio. No sabe el infeliz quienes son sus padres, y debajo de su joroba créeme que hay un corazón de oro. Somos de la misma edad; cuando niña me acompañó en mis juegos, siempre tan humilde, tan respetuoso..... No, no, Santiago, no te burles del pobre Nico. Hasta que ha empezado á ganar en el obrador un jornal que le dá

para mal comer, ha vivido en mi casa; es fiel como un perro, bueno como el pan; yo le quiero como si fuese hermano mío.»

—Santiago Nolasco llegó hasta donde tú estabas, y apoyando sus manos en tus hombros: «Oye Nico—habló—te quiere Fuencisla y yo te quiero también. Perdona si te he ofendido.»

Guardaste la navaja avergonzado, aunque él no la vió, y venciendo tu pena, acertaste á responder al arranque generoso del novio de Fuencislilla, ocultando en el embozo de la capa el llanto que se vertía de tus ojos, sin reparar en que la calle estaba casi á oscuras: «Don Santiago..... quiérala usted bien, porque se lo merece.»

—Te fuiste á casa. Revolviéndote entre la ropa de la cama, creíste que ibas á perder el juicio. No te habías desnudado. Echaste otra vez mano á la navaja, la abriste, y ya te ibas á herir en mitad del corazón, cuando, una voz muy dulce, la de Fuencislilla, la de un ángel, murmuró en tu oído: «Nico, acuérdate de Dios á quien tantas veces hemos rezado juntos, guiando padre el rosario.» Y se te serenó el alma.

—Al día siguiente eras otro, respetuoso, humilde como siempre. A poco de llegar al obrador, Fuencis empezó á mirarte y remirarte de cierta manera, entre seria y risueña, moviendo la cabeza de arriba á abajo, como sorprendida; y dándote, de pronto, con el revés de su mano primorosa un cachete que te supo á gloria, te dijo, haciéndose la enfadada: «Tonto, simple; á quien se le ocurre andar á deshora por las calles, tomando frío, acechando conversaciones de enamorados.»

En el obrador no había en aquel momento nadie más que tú y ella. Aun no diera comienzo la tarea de la tarde. Con los ojos bajos, lleno de confusión, el alma te golpeaba en los labios, deseando decir: «Fuencisla, es que te quiero, es que me muero de pena y de rabia porque tú no puedes querer al pobre Nico.» Ella advirtió tu trastorno y debió de adivinar lo que pretendías decirle, pues, sonriendo, algo colorada, temblándole la voz y asomando lágrimas á sus preciosos ojos, habló lo que nunca olvidarás, lo que será siempre dulce consuelo de tu desgracia.

---

## IV

¿Te acuerdas, te acuerdas?—parlaba un ruiseñor, allá abajo, en las huertas del otro lado del arroyo.

Y los cuervos graznadores que aturdían la memoria del hospiciano, fuéronse alejando con vuelo reposado, llevándose su negrura.

—¿Te acuerdas?—seguía hablando el ruiseñor—¿Te acuerdas, Nico?

¡El sol! ¡Qué hermoso era el sol! Fuencis debía de ser chispa de aquel fuego deslumbrador que ardía allá en lo alto, alimentando la vida, y él, Nico ¿de dónde venía? De la noche, de las tinieblas. Ella risa, risa como la del sol que asoma abriendo una nube; él lágrimas,

dolor, quejas, manando en el fondo de una cueva. ¿Cómo habían de unirse la luz y la sombra, la alegría y la pena?

—¿Te acuerdas?—cantaba el ruiseñor—¿Te acuerdas de aquella tarde oscura del invierno, cuando Fuencislilla, convirtiéndose en rayo de sol, se entró por tu alma para decirte: «Nico, sé lo que te pasa, sé que me quieres.»? Al oírla hablar así te olvidaste de la inclusa, de tu facha, y con una voz que no te pareció la tuya, la dijiste, casi llorando, casi riendo: «Fuencisla, si que te quiero.»

Y ella se echó á reír.

¿Te acuerdas, te acuerdas Nico? La risa de ella no era de burla, no era de desprecio, era una risa como la del cielo cuando alborea. Te dijo: «Oye Nico, si se enderezase tu cuerpo, quizá yo fuese otra para tí, porque te he llegado á tomar cariño. Mira..... no lo tomes á mal, pero te comparo al perro sin dueño que se nos mete en casa. Al verlo por primera vez, buscamos la escoba y lo echamos á escobazos, pero el pobre animal, vuelve al otro día y se acuesta en un rincón, temiendo que lo veamos. Y allí se está quieto, quietecito, hasta que volvemos á echar

lo. Él es terco, muy terco, los palos no le asustan aunque le duelan, y vuelve mañana y al otro día y al otro, y consigue despertar nuestra compasión y llega un momento en que decimos: Pobrecillo. Cuando empezamos á compadecerle es señal de que ya lo hemos de dejar tranquilo en su rincón. Él, entonces, viendo que ya no incomoda su presencia, se atreve, arrastrándose, golpeando el suelo con la cola, á pedirnos una caricia. ¿Cómo negársela? Levantamos las manos para librarlas de sus lametadas, le reñimos un poco, él aulla como si le pegaran y..... ya nos conquistó, le hacemos fiestas, le queremos. Aquel bichejo venido de no se sabe donde, ya tiene amor, ya tiene pan; sin embargo.....

Fuencis se quedó suspensa. Quiso como reír y sus labios apenas si se entreabrieron. Se la humedecieron los ojos, pero de ellos no salió ninguna lágrima. En su garganta se quebró un suspiro. Por fin dijo lo que quería decir:

—Desde hace mucho tiempo te quiero, te quiero..... como á Mile, como á mi hermano. Y nada más. ¡Pero si te enderezaras, Nico, por un milagro de Dios....!

—Si me enderezara, Fuencis—la respondiste—seguiría siendo incluso y pobre como las ratas. La pobreza es también una joroba, y el ser incluso otra joroba mayor. Por eso, aunque me pusiera derecho por fuera, me quedarían dentro las otras jorobas y tú nunca podrías quererme.

¿Te acuerdas Nico? Ella al oírte hablar así, te miró con recelo y luego, volviendo la cabeza, te dijo muy de prisa: «No debo engañarte, Nico; no mereces que yo te engañe. Aunque te enderezaras yo no había de quererte para novio. Santiago se llevó mi cariño y no le suelta. Aunque lo soltase, se iría con él; le seguiría como si fuera su sombra. Eso no se puede remediar..... Pero mira, Nico, yo comprendo que ninguna mujer ha de poner en tí los ojos...»

Luego de decir esto Fuencis, se rió un poco, sin ganas, y luego siguió hablando: «Figúrate que yo te quiero como tú me quieres. ¡Me das mucha lástima! Ahora te digo: «Nico, por un momento vamos á ser novios, dos novios que se acaban de casar..... ¡Me das mucha lástima Nico y.... «¿Y qué?»—la respondiste poniendo el alma en los labios. Ella entonces, casi lloran-



do, te abrazó y luego echó á correr hacia la puerta del obrador que comunicaba con la casa.

Según abría aquella puerta, te dijo con voz queda, muy triste: «Cómo á Mile ¿sabes? Te quiero como á Mile. Nada más.» Y se fué. Y tú caíste de rodillas con las manos en alto.

—¿Te acuerdas Nico?—seguía hablando el ruiseñor—Ese recuerdo es para tí como la llama para las mariposas: te alegra y te mata. Ninguna mujer ha de quererte y Fuencislilla hizo que te quiso. No pidas otra cosa. Confórmate Nico.

—¡Confórmate Nico!—exclamó el hospiciano en alta voz.

Y el sonido de aquellas palabras tuyas, le estremeció, pareciéndole que él no las había dicho. Se levantó frotándose los ojos y echó á andar.

Era casi de noche. El ruiseñor seguía cantando. Entre las copas de los pinos alguien se quejaba. Era el viento.

Puede que él también tuviese sus amores.....

Querer es llorar.

---



## V

Frente por frente de la casa del señor Julián Laseras, se alzaba la iglesia de San Miguel, un templo muy espacioso, desnudo de todo adorno por fuera, pero bien decorado por dentro.

Un parroquiano bastante leído del maestro Laseras, dijo cierto día, mientras le probaban una levita en el obrador, que la iglesia de San Miguel la comparaba á una monja guapa.

Era por la tarde. Fecha, el 30 de Abril.

Fuencisla entró en el obrador muy ligera, prendiéndose la mantilla y gritando:

—«Mile, Mile.....

—Qué quieres á Mile—dijo el maestro con su flema habitual, aunque con algún enfado,

que en él sólo se traducía, cuando le asaltaba, en la mayor gravedad del son abocinado de su garganta.

Padre..... no se incomode; es que van á subir á la virgen de las flores en San Miguel. La muchacha está á lavar al río y quería que Mile me acompañara á la iglesia.....

—Mile tiene que hacer. Ya sabes que hay mucho trabajo. Pero bueno..... que vaya. Así como así, hoy no se puede hacer carrera de él

Mile salió del obrador rápidamente, sin decir palabra, subió á su cuarto por el sombrero y á cepillarse un poco, y de allí á unos momentos atravesaba la calle, acompañando á su hermana y diciéndola:

—Oye; mientras ves subir á la virgen, voy á hablar con Blasillo, que ahora estará en casa, por si quiere aprender en la guitarra una mazurca..... Es preciosa. La he compuesto esta tarde y temo olvidarla. Verás, empieza así: Larán, larán, larán, larán.....

Fuencisla, sin hacerle caso, mezclóse con la multitud que se arremolinaba en la entrada principal de la iglesia y á los pocos instantes vióse dentro de ésta, zarandeada por un tropel

de mujeres, muchas de las cuales llevaban en brazos tiernas criaturas, y agarradas á los vestidos, otras ya mayores con la cara impaciente y jubilosa.

Quedóse de pronto, Fuencisla, cortada, inmovil, frente á Santiago Nolasco, quien la ofrecía galantemente agua bendita.

Pugnando por dominar su turbación, acercó una mano á la que le tendía su novio, tomó el agua, no sin que él la acariciara los dedos, y estremecida, acertando casi á pronunciar un «gracias» tembloroso, se escabulló entre la concurrencia, deteniéndose junto á uno de los bancos enfilados á lo largo del templo.

En aquel momento comenzó á sonar con furia en el órgano la marcha real, y de la multitud partió un bullicioso rumor. En la torre volteaban las campanas.

Una apariencia de nube brotaba del suelo como por arte de magia, delante del altar mayor y casi rozando con él, ascendiendo poco á poco á la virgen, intensamente iluminada, vestida de blanco, adornada con brillantes joyas, llevando á ambos lados bien sujetos, dos lindos chiquillos que ángeles parecían, con

túnicas azules sembradas de espejuelos, sus diademas de áureas estrellas, y sus alas rígidas de cartón plateado que abiertas prendíanse tras de sus bracitos, los cuales agitaban saludando, al par que gritaban con las agudas vocezuelas: «¡Viva la virgen!»

—Vivaaa—respondía gozosa la grey infantil que envidiosa los contemplaba.

Uno de los angelillos, en deliciosa media lengua, añadió: «del amó emozo.» Y allí fué el celebrar la gente toda que llenaba el templo, aquella exclamación encantadora, con un dulce murmullo del que pareció brotaban miles de besos.

Fuencisla casi dábase cuenta del sorprendente espectáculo. Había visto á Santiago un momento en que ella volviera la cabeza, de charla con una mujer bien parecida, elegante, de ojos luminosos. Aquella mujer..... ¿Quién era aquella mujer? Volvió otra vez la cabeza. ¡Ah, si....! ¡Vaya una pájara! Era una viuda de mucha historia, «la bella Elena.» Sintió la joven como un latigazo que la suspendió la respiración. Tornó á volverse, buscando con afán los ojos de Santiago, pero sólo los encontró un instante.

inquietos, azorados..... La pájara no dejaba de hablarle al oído sonriente.

Seguía subiendo, subiendo poco á poco, la virgen del amor hermoso, sobre su mágica nube, acercándose á la guerrera imagen de Miguel Arcángel que pisoteando á Lucifer se mostraba en el centro del retablo barroco del altar mayor; y el órgano, con sones rechinantes, gangosos, á los que se mezclaba un ruido sordo, entrecortado, producido por la desvencijada armazón del fuelle creador de tales sonidos, no cejaba en su empeño de subordinarlos á las valientes notas de la marcha real; y en la torre el campaneo arreciaba y el bullicio de la multitud congregada en la iglesia, también subía de tono, descollando sobre él, con frecuencia, nutridos vítores que contestaban á los otros vítores lanzados por los angelillos de carne y hueso que en su ascensión acompañaban á la virgen.

Sintió Fuencisla la dolorosa mordedura de los celos. El alegre bullicio que en el templo reinaba le pareció que se detenía en sus orejas menudas y rosadas, cual si estas fueran gruesas paredes de cal y canto, figurándose, en cambio, advertir distintamente el cuchicheo de la pájara

pinta, y aun llegó á creer brotaban de él palabras como tontuela, niña boba, cursi, dichas entre risitas burlonas y centelleante y movido mirar que juraría la picaba en la espalda.

Fuencis no reparó en que llegaba á su término la ascensión de la virgen.

Acabó de chillar y roncar el órgano, debilitóse el campaneó, partieron de la multitud demandas de silencio, reinó este profundo, y uno de los angelillos con su media voz encantadora, y luego el otro, que hablaba más claro, aunque no mucho, recitaron versos en los cuales aludíase á la función que se estaba celebrando.

Después, la gente, agolpándose en los huecos de las puertas, comenzó á salir del templo, y de allí á poco, dentro de él sólo quedaban media docena de devotas, y entre ellas Fuencisla, que intentaba rezar, pero el rezo fluía de sus labios maquinalmente, sin traducir el sentido de las palabras.

Sentíase como pegada á la loa sobre la cual se había arrodillado.

La tocaron levemente en un hombro y rápida se irguió conteniendo un grito. Nico, sor-



prendido, confuso, asustándole el aspecto de la joven, apenas si acertó á decir:

—Soy yo, Fuencis. El maestro me mandó á buscarte. Desde el obrador hemos visto salir la gente de la función, y como no parecías, ni Mile tampoco, me dijo el maestro: Anda, Nico, vé á buscarlos. Diles que vengan en seguida. Pero ¿y Mile?

—Se fué á casa de Blasillo—contestó la joven, procurando dominár su emoción.

Y acompañada del hospiciano, echó á andar vacilante, muriéndose de pena.

Ya fuera del templo, al cruzar la calle que separaba este de la sastrería, unos chicos que corrían persiguiéndose, se detuvieron al ver á Nico, y poniendo las manos ahuecadas á ambos lados de la boca, gritaron silabeando: «Ni... co... che... pa... tre... pa... tre... pa...»

Fuencisla, con un despego, con un desdén muy extraño en sus labios, le dijo al hospiciano, según entraban los dos en casa:

—Mira Nico, nunca vuelvas á acompañarme. Eres horrible. No puedo verte....

Agonizando se quedó el pobre en el portal, junto á la entrada del obrador.



## VI

Durante unos días no se habló de otra cosa en la ciudad puentealtense que de la fuga de «la bella Elena», la viudita de mucha historia, la pájara pinta, en unión de Santiago Nolasco. El casorio, se decía, era un hecho. ¡Buena cuenta daría ella de los dineros del mozo, porque era fina como el más fino coral!

Y véase por cuanto la hija de Laseras, aquella muchacha tan bonita, se quedaba compuesta y sin novio. ¡Lástima de chiquilla! Contaban que ni comía ni dormía ni hacía cosa de provecho.

En las ciudades de escaso vecindario todo se sabe, todo se comenta, todo se convierte en sustancia.

Las uñas de la murmuración cúidanse muchos de afilarlas diariamente para que sus arañazos siempre hagan sangre. ¿Por qué la hija de Laseras le tomara manía, cual era sabido, al hospiciano que trabajaba en su casa?

¡Misterio!

Y las narices de la gente chismosa se alargaban, se alargaban y olfateaban como lebreles, hasta que chasqueadas, tocándose las unas á las otras, dijeron: «A otra cosa, que por aquí no huele más que á desventura. Esto no va con nosotras. Con la música á otra parte. Zape.»

¡Pobre Nico!

Era cierta la rara manía atribuída á Fuencisla.

Él, queriendo explicársela, razonaba así: «A Fuencis cuando la quería don Santiago, la sobraba cariño y yo probé algo de las sobras. Ahora, como la falta, rabia porque admití aquel poco que me dió. ¿Será eso?»

Nico dijo cierta mañana en el obrador:

—Maestro, me voy.

¿A dónde, hombre? ¿Estás malo?

—No señor. Es que me voy de Puentealta.

—¿Y por qué te vas?

Esta interrogación la pensó un poco el maestro. Antes de pronunciarla, volvió la cabeza hacia donde estaba Mile trabajando afanoso, cosa en él muy extraña, sin que mostrara apariencia de entusiasmo melómano. Al volver la cabeza el señor Urbano, no intentaba observar á Mile; es que sentía cosquillas en los párpados y se le llenaban de agua los ojos.

—Pues ya lo puede usted suponer, maestro —respondió Nico tristemente—Fuencis, la pobre, no puede verme y yo me marcho. No quiero que por mi causa padezca..... ¡Si yo supiera curarla!

El maestro, Mile, Crispulo, Andrea y Juana, miraron fijamente al hospiciano.

Aquella exclamación: «Si yo supiera curarla» la dijo Nico, no en tono lastimero, pesaroso, sino con una voz colérica, amenazadora, una voz que nunca, nunca le oyeran salir del pecho. Sus ojos relampagueaban; su cara, siempre tan

bondadosa, tan humilde, se había ensombrecido; pareció que estirándose su joroba, creciera una cuarta.

Pero casi al instante volvió á encogerse Nico, inclinando la cabeza, otra vez humilde, resignado.

—Yo no soy nadie—exclamó quedamente, rebosando amargura—Yo no sirvo más que para agradecer y para querer. Si con matar se arreglase todo.....

Sus ojos tornaron á despedir lumbre; se creció otra vez.

—Cuantos le oían se enternecieron. El señor Urbano tragaba saliva acompasadamente, alargando la cara. De ese modo aquel admirable mecanismo revelaba su emoción.

En esto penetró Fuencisla en el obrador, como distraída. Parecía una Dolorosa.

Al reparar en Nico se encolerizó.

—Vete—le dijo—vete; no puedo verte.

Su voz subía de tono. Su ademán era el de una loca.

—Vete, vete.....

Nico, sin chistar, cogió su gorra y salió del obrador.

---

Al llegar á la calle, aun oyó la voz de Fuen-  
cista que gritaba: «Vete, vete.»

Y perseguido por el latigazo de aquella pala-  
bra, se alejó veloz, quizá para siempre, del  
obrador de su maestro.

---





## VII

Sin darse cuenta, se apartó Nico de la carretera, y á campo traviesa, salvando tomillares, peñascales y arroyos, fué á parar á la falda de una de las más altas montañas de la sierra de Puentealta.

Entonces miró atrás y vió lejanas las torres de la catedral de la ciudad que amarilleaban iluminadas por el sol poniente.

Esparcidos en las ondulaciones del suelo, surgían, aquí, la mancha verde oscura de un pinar, allá el caseño terroso con pintas blancas y matices encarnados, de un pueblo; en lontananza, á la izquierda, esfumada por la distancia, la prolongación de la sierra, y al frente el llano

inmenso de Castilla que se confundía con el horizonte, alternando el pardo color de los barbechos con los tonos dorados de las mieses que aguardaban la siega.

Una idea se le clavara á Nico en la voluntad, la de quedarse allí entre los riscos de la sierra. ¿Qué iba á hacer en Madrid, la ciudad grandona donde se perdía la gente (según oyera decir) con sus agujas, su dedal y su joroba? Encerrarse otra vez, si lo empleaban, en un obrador «más majo» que el del señor Urbano Laseras, pero raucho más triste, porque en él alegre ó llorosa, cuerda ó loca, no estaría Fuencislilla, el amor suyo, guardado en su alma como entre espesos murallones, amor que era para él lo que para los campos el sol, aquel sol flotante en los cielos.

La sed de cariño que tantas veces sintiera en el hospicio cuando en las horas de juego se escondía en un rincón para librarse de las chanzas de sus compañeros, solo Fuencis la apagó, compadeciéndole primero, diciéndole después: «Oye Nico, te quiero... como á Mile,» dándole las sobras del amor que á ella también la consumía, en un dulce abrazo que nació

¡bien lo viera! estre lágrimas; abrazo cuyo recuerdo llevaba bien fijo allá dentro, donde manan las oraciones que tienen alas y llegan á Dios.

Subía Nico por la vertiente áspera de la montaña, insensible al calor y á la fatiga, abandonándose más y más á la idea de quedarse en aquellas soledades de la sierra, desde las cuales contemplaría á su sabor la ciudad donde estaba la luz de su vida, luz mortecina como la de la luna que alumbrando entristece, pero siempre luz.

Llegó Nico á una cumbre y vió á su derecha una barranca en cuyo fondo pacía un hato de ovejas guardadas por un pastor que en medio de ellas veíase de pié, inmóvil, apoyando los brazos y el pecho en su larga cayada.

Entonces se dijo Nico, según contemplaba á aquel hombre: «Guardar ovejas, llevarlas, traerlas, estar siempre con ellas, cuidando de que no se pierdan, creo yo que es fácil. Seré pastor.»

—He, buen hombre—gritó.

—¿Que se ofrece?—le contestaron una voz ruda y sonora y un bronco ladrido, el de un mastín que salió del hueco de unas peñas, corriendo furioso hacia donde Nico estaba.

—¿Quiére usted oír una palabra?

Corría el pastor tras el mastín para detenerle y le llamaba y amenazaba al mismo tiempo. Trabajo le costó, pero pudo sujetarlo, agarrándole por el carlanca ceñido á su cuello.

Entonces respondió levantando la cabeza y fijando en Nico la mirada:

—Tú dirás.

El perro seguía ladrando, esforzándose por desprenderse de la mano que lo detenía.

Nico descendió al fondo de la barranca y vacilante, turbado, expuso su deseo á aquel hombre, mientras este encendía lumbre para guisar su cena, pero no transcurriera media hora, cuando el pobre jorobado volvió á la altura de donde descendiera, llorando de rabia. El pastor le había despedido con malos modos, amenazándole con su cayada.

Comenzó á oscurecer. Un resplandor como de áscua, allá lejos se apagaba dejando lucir á las estrellas.

—¡Las estrellas... que serán las estrellas!— pensó Nico. Luego se adormeció soñando.

Dos luceros, vestidos con túnicas de oro, traían de las manos á Fuencislilla, que reía juguetona, más guapa que nunca.

—¡Vaya hombre!—exclamó al ver á Nico— ya estoy aquí con intenciones de casarme contigo, si estos señores luceros cumplen cierta promesa que me han hecho.

—¿Cual, Fuencis?

—Quitarte la joroba.

—Tienes gana de broma. Eso no puede ser.

Los luceros, entonces, cogieron un poco de la luz que brillaba en sus frentes y tirándosela á Nico, dijeron arrodillándose:

—Dios todo lo puede.

Y Nico sintió, de pronto, que el alma se le desprendía del cuerpo para alojarse en otro derecho y bien formado, el de Santiago Nolasco. Fuencis reía loca de contento.

Las estrellas bajaron á la tierra vestidas todas como los luceros, con túnicas de oro, y cantaron una bonita canción que daba gloria oirla. Un resplandor como el de las nubes que despiden al sol cuando se va á otras partes del mundo, asomó en lo alto, y bajando con mucha calma se apagó al llegar al suelo y luego salió de él sosteniendo una nube sobre la cual estaba la virgen de las flores con su traje blanco y sus dos angelillos, uno á cada lado, como cuan-

do «subía» en San Miguel la víspera del primero de Mayo.

Y cayó Nico de rodillas, y Fuencisla también junto á él.

La virgen habló y les dijo:

—¿Querías tú, Fuencis, casarte con Santiago? Pues haz cuenta que ya lo estás, Y tú Nico ¿querías casarte con Fuencisla? Pues yo te la doy por esposa y santas pascuas. A mi no me hacen falta papeles para casar. Daos las manos y andando...

Nico, antes de irse á casa con Fuencis, se atrevió á preguntar á la virgen milagrosa:

—Diga, señora, aquella joroba mía ¿fué á parar á quien yo me sospecho... á don Santiago?

—Claró está, hombre; él la tiene. Bien la merece.

—Señora, era justo.

Despertó Nico de su ensueño oyendo junto á él roncós ladridos. Se levantó azorado y entonces sintió un vivísimo dolor en una pierna y echó á correr por la montaña abajo, exponiéndose á matarse.

El perro del pastor se saliera con la suya: le había mordido.

---

Ya amaneciera cuando otra vez se vió Nico en el camino de Madrid, y mientras ataba un pañuelo sobre la mordedura, la cual le dolía bastante, pensó ahogando una queja:

—Esto creo yo que no es justo.

---





## VIII

Pasó el tiempo.

En un pueblo cercano á Puentealta había función de títeres.

Sobre deslucida alfombra echada en el suelo, una mujer y un hombre, muy escasos de ropa, verificaban algunos ejerciciosgimnásticos, mientras un estravagante payaso hacía corro á golpes de zambomba.

En los titiriteros pocos fijan la atención. El payaso es el rey de la fiesta.

—¡Nico!—le dice sorprendido, un joven delgadillo, de color enfermizo—¿Pero eres Nico?

—Calla Mile; tú por aquí...

—¡Quién te conoce!

—¿Y tu padre y... Fuencis?

—Mi padre no pasa día por él. Fuencis ¿sabes? se casó. Aquella pasión de ánimo que tuvo, se la fué...

—¿Y con quién se casó?

—Con Blasillo.

—¿El que tocaba la guitarra contigo?

—El mismo.

—Adfós Mile.

—Oye ¿Por qué no vuelves á casa? Te echan mucho de menos. Fuencis, que vive con nosotros, raro es el día en que no dice: ¡pobre Nico! ¿Qué será de él?

—Bueno; iré mañana.

¿Para quedarte?

Nico no contestó. Una angustia muy grande le subía del pecho á la garganta y en los párpados sentía la quemazón del llanto.

Llegó otra vez á sus oídos la voz de Mile que preguntaba con viveza:

—Dí, hombre... ¿Para quedarte?

Y Nico respondió:

—Sí.

---

Esta obra es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que previene la ley.

---

### ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
II	6. <sup>a</sup>	de figurar siempre	de que esta figure siempre
IV 57	21 1. <sup>a</sup>	podrá estre	podría entre
57	20	He	Eh
58	15	descen- diera	bajara

OBRA DEL MISMO AUTOR

TIERRA DE SEGOVIA (Dibujos y Ficciones)

Precio: 2 pesetas











PRECIO: 60 céntimos.





ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •

ELKINSBURG REFINING CO. •